

Francia, y en Carlisle y San Andrés en Escocia (1).

No estando todavía en tiempo de Enrique VIII reconocidas legalmente las sectas protestantes, continuaban los diversos Estados de la cristiandad formando una gran familia cuyo jefe velaba por el mantenimiento de la fé, de la disciplina y de las costumbres; y todos los príncipes, escepto Enrique, tenían á mucha honra estar unidos al centro del catolicismo. Llamado á conducir los individuos de la sociedad cristiana hácia su fin esencial que es su salvacion, y teniendo en su consecuencia accion para el bien sobre los reyes lo mismo que sobre los pueblos, segun lo proclamaba un derecho público que no se mudó hasta que fueron diferentemente reconocidos los poderes sociales, el Papa, luego que observaba que algun rey con los escándalos de su vida pública ó con lo inicuo de sus leyes ponía obstáculos á la salvacion de sus súbditos, declaraba que ese príncipe, que de ese modo se habia hecho indigno de reinar, se habia colocado fuera de la familia cristiana. La sentencia pontificia equivalia á una mera declaracion de indignidad, la cual en aquella época llevaba consigo el destronamiento; porque el derecho de los príncipes, como no viene de sus súbditos ni de Dios para el mal, dejaba de existir y no era mas que la fuerza que podia ser combatida por la fuerza. Paulo III, investido como Soberano Pontífice de la autoridad necesaria para declarar así la indignidad y por consecuencia el destronamiento de los príncipes rebeldes á la ley de Dios, no podia hacer uso de esa autoridad en ocasion mas solemne. Conformándose pues con una jurisprudencia que aun no se habia variado á pesar de las violentas agi-

(1) Const. Pont. t. 1. Paul. III, Const. 2.

taciones que las sectas protestantes habian introducido en la Iglesia, y reuniendo en su constitucion las fórmulas mas terribles de sus antiguos predecesores, pronunció, que si Enrique no comparecia en Roma dentro de tres años, no solo quedaria sujeto al anatema de la Iglesia, sino tambien privado de su reino, y sus cómplices de todos sus bienes, y él y ellos reputados infames, incapaces de testar y de servir de testigos; los hijos que pudiese haber tenido de Ana Bolena inhábiles para toda dignidad; sus vasallos y los de sus adictos dispensados de todo juramento y empeño respecto da su persona. Estendíase hasta escitar á su nobleza y á todos sus vasallos, así como á todas las naciones católicas, á tomar las armas para arrojarle de su reino.

El cisma estaba consumado antes de Paulo III; así pues Enrique no esperó resistencia alguna cuando con ocasion de esta bula invitó á casi todos los obispos á declararse formalmente contra la Santa Sede; juntó muy luego cierto número de ellos y de abades, y todos, poniendo por principio que Jesucristo habia prohibido á sus Apóstoles apropiarse el poder de la espada ó la autoridad de los reyes, resolvieron que el Papa era un tirano que arruinaba el reino de Jesucristo. En consecuencia, hicieron juramento espreso de sustraerse de la autoridad de los Papas, como de un derecho usurpado. Esta resolucion fué firmada primeramente por diez y nueve obispos y veinticinco doctores, los cuales ganaron en breve á otros infinitos. Confirmado de este modo con su último sello el cisma, este introdujo á su vez en Inglaterra la heregia, su compañera casi inseparable, y todas las sectas aun las que mas detestaba el ciego monarca.

LIBRO SEXAGÉSIMO-SEGUNDO.

Desde la última condenacion de Enrique VIII en el año 1538, hasta la apertura del concilio de Trento en el de 1545.

Los nuevos atletas que el Señor habia suscitado para volar por todas partes al socorro de su Iglesia, estaban prontos á entrar en la liza; pero ignoraban todavía la grandeza de su destino. Ignacio de Loyola, con su pequeña compañía de solos diez hombres, comprendidos en este número los cuatro que habia admitido despues de su asociacion primitiva, no tenia otra idea, siguiendo las dominantes de aquel tiempo, que la de pasar á Tierra Santa para hacer reflorar el cristianismo en el lugar de su origen (1). Cuando todos hubieron concluido sus estudios en Paris, pasaron á Roma para tomar el beneplácito y la bendicion del Sumo Pontífice, fueron ordenados de sacerdotes, y luego marcharon á Venecia para esperar la ocasion de embarcarse para Levante. Mas los designios profundos del cielo sobre este seminario de apóstoles, no se encerraban en los estrechos limites de la Palestina. La guerra que se levantó en aquel mismo tiempo entre los venecianos y los turcos, hizo los mares de Levante intransitables á los cristianos; por cuya razon, despues de haber esperado por espacio de un año, segun los términos de su primer

voto, sin hallar medio alguno de embarcarse, Ignacio y sus compañeros, cumpliendo la otra parte de su promesa, fueron á ofrecer sus servicios al Vicario de Jesucristo, para llevar el Evangelio á cualquiera pais de la tierra donde tuviese á bien enviarlos.

Como su asociacion y su método de vida llamaban ya hácia ellos la universal atencion, y les preguntaban á menudo cuál era su instituto, el santo fundador, que no buscaba mas que hacer olvidar su persona, les dijo que estando asociados para combatir bajo el estandarte de Jesucristo á los enemigos de la Religion, no debia su sociedad tener otro nombre que el de *Compañía de Jesus*. Se cree que Dios se lo habia revelado, dándole como el plan general de su orden, durante el tiempo de su retiro en Manresa. Pero lo que le sucedió al acercarse á Roma (1557), no le dejó ya duda de que este nombre venia del cielo. Habiéndosele aparecido Jesucristo cargado con la cruz, y tomándole junto con sus discipulos bajo su proteccion especial, dirigiéndole estas palabras: *Yo os seré propicio en Roma*, miró como un deber indispensable el dar á su compañía el nombre de su divino protector. Esté celestial estímulo, que Ignacio, talento de primer orden y tan versado en el discernimiento de los espíri-

(1) Orlandin. l. 1; Bouh. l. 1 et 2; Ribad. J. Petr. Mall.

tus, comunicó inmediatamente á sus compañeros de viaje, no puede ser sospechoso, á no ser que á un Santo elevado sobre nuestros altares pretenda culpársele de una impostura sacrilega en la cual habria perseverado hasta el último suspiro. Por lo demás, no carecia de ejemplar dar á una institución religiosa el nombre de Compañía de Jesus; pues habiendo dado en 1459 el Papa Pio II este nombre á una nueva orden militar, Paulo III y otros muchos Papas sus sucesores, y el concilio ecuménico de Trento, pudieron del mismo modo dársele á una orden suscitada para combatir las heregias y los vicios, enemigos mas funestos á la Iglesia que el hierro de los infieles.

Pero el régimen y el modo de proceder importaba mucho mas que los títulos. Ignacio, juzgando que no eran necesarios en Roma todos sus discípulos, y temiendo tener allí ocioso su celo mientras que él preparaba la proteccion del Papa á favor de su instituto, retuvo solamente á Pedro Fabro ó Le Fevre y Diego Lainez: repartió los otros en las universidades mas famosas de Italia, así para inspirar la piedad á los estudiantes, como para asociarse aquellos que la Providencia les destinase para hermanos. Antes de separarse, convinieron en un método de vida uniforme, acordaron observar las reglas siguientes: que se alojarian en los hospitales, y que solo vivirían de las limosnas buscadas fuera, para no ser gravosos á estas casas: que los que morasen juntos serian superiores alternativamente durante una semana, á fin de prevenir las indiscreciones del fervor y los peligros de una conducta arbitraria: que enseñarian á los niños la doctrina cristiana y los principios de las buenas costumbres: que predicarian donde quiera que se lo permitiesen, y siempre acerca de las sólidas verdades del Evangelio, y sin los vanos adornos de una elocuencia profana: que no tomarian retribucion

por el ministerio, y buscarian únicamente la salud de las almas en todas sus funciones. Ya se habian conciliado el aprecio y la veneracion de los pueblos en todas las mejores ciudades de los venecianos, durante el año que pasaron en los Estados de aquella república; pero despues de su dispersion y sus trabajos apostólicos en todos los países de Italia, no se habló ya de ellos sino con admiracion, como de perfectos modelos de la vida sacerdotal, enviados para cerrar la boca á la maledicencia mas envenenada de los sectarios y para suministrar á la Iglesia socorros proporcionados á las necesidades que padecia.

Los grandes y los príncipes, así como el pueblo, vinieron á ser sus admiradores y sus discípulos. Iban á buscarlos hasta en los pobres hospicios, donde se mantenian ocultos despues de sus funciones públicas. La mision de Ferrara tocó á Simon Rodriguez y á Claudio Jai. Hallándose la marquesa de Pescara en aquella ciudad, encontró casualmente á uno de estos dos misioneros, á quien ella reconoció por el aspecto de piedad que respiraba, y supo de él que vivia en el hospital. La marquesa pasó allá en el mismo dia, y antes de verlos se informó de qué manera vivian. Dijéronla que eran unos santos; que se ocupaban todo el dia en el bien de las almas, sin querer recompensa alguna en este mundo; que pasaban en oracion la mayor parte de la noche; que solo vivian del pan mendigado en la ciudad, no queriendo alimentarse á espensas de los pobres; y no obstante lo mal vestidos que estaban, no se arrimaban al fuego por mucho frio que hiciese. La marquesa, que tenia mucha piedad, bendijo al cielo por haberla concedido hallar los directores que la convenian, se puso bajo su direccion, é inclinó al duque Hércules de Est á poner igualmente su conciencia en sus manos.

Ignacio, con Fabro y Lainez, no daba menos edificacion en medio de Roma. En los primeros dias de su arribo á esta ciudad fueron admitidos á la audiencia del Sumo Pontífice, que recibió sus ofertas con alegría, y se dió prisa á emplear estos excelentes operarios. Como la capacidad no era en ellos inferior á la piedad, Paulo III, protector de las ciencias y sábio, aplicó á Fabro y Lainez á la enseñanza de la teología en el colegio de la Sapiencia. Ignacio, haciendo uso del don particular que habia recibido de lo alto, emprendió bajo la autoridad del Vicario de Jesucristo reformar las costumbres y reanimar la piedad por medio de los ejercicios espirituales.

Este talento inestimable le habia sido dado desde el principio de su conversion en Manresa, en las circunstancias en que los demas penitentes apenas sacuden los lazos de la iniquidad; y mediante el uso fiel que de él hizo con una prudencia del todo celestial, habia convertido á los sacerdotes y religiosos libertinos, á las infieles esposas de Jesucristo, á los coniesores disolutos, á los corruptores de la juventud cometida á sus cuidados; habia renovado las costumbres de los maestros y discípulos en las academias mas célebres, y atraído, en fin, en pos de sí aquella tropa escogida de colaboradores que reproducian en todas partes las mismas maravillas. Ciertó que antes de Ignacio se habia meditado sobre el último fin del hombre y sobre las demas grandes verdades de la Religion, y se habian formado colecciones de meditaciones y oraciones para ayudar á conversar con Dios y con su propia conciencia; pero despues de tantos siglos de revoluciones y confusion, restos de la barbárie de donde las naciones modernas traian su origen, los hombres, casi perdido el hábito de las funciones intelectuales, y poco dispuestos á meditar, se limitaban en su mayor parte al uso de las oraciones vocales y de los oficios multipli-

cados sin medida en la edad precedente. A lo menos no se les habia dado todavía una série de meditaciones que se fortificasen sucesivamente unas á otras y que, con el auxilio de la gracia anejo á estos ejercicios de fé, formaron un método seguro para reformar las costumbres (1). Entre las recopilaciones de meditaciones conocidas antes de San Ignacio, y su libro de los Ejercicios, no hay menos diferencia que entre un confuso monton de medicamentos de toda especie, y el grande arte de aplicarlos, conforme á sus propiedades, á la naturaleza de las dolencias y á la constitucion de los enfermos. De ello puede formarse juicio por la simple nocion que sigue.

Estos Ejercicios empiezan por la meditacion de nuestro último fin, que es la basa de todas las consideraciones cristianas y aun de la economía entera de la salvacion. Si el hombre existe sobre la tierra, no para fijar su corazon en los objetos perecederos, sino para merecer una felicidad eterna sirviendo al Señor, no debe usar ni aun juzgar de las criaturas, riquezas ó pobreza, gloria ó humillacion, penas ó placeres, sino con relacion al término para el cual deben servirle de medios. ¡Qué multitud de conclusiones prácticas y palpables se derivan de aquí sin que haya necesidad de que nosotros las especifiquemos, y cuán capaz es esta verdad bien meditada de excitar á un alma por poco talento que tenga! Despues de haberse penetrado bien de este principio fundamental, se debe considerar lo que nos aparta de nuestro fin; y para esto sigue inmediatamente la meditacion del pecado, de los castigos espantosos de los ángeles rebeldes y del primer hombre; de la deformidad de la culpa considerada en sí misma, y de las penas destinadas por toda la eternidad al pecador impe-

(1) Bouh. vid. de S. Ignac. l. 1.

nitente. Estas primeras meditaciones se dirigen á purgar el corazon de las pasiones que le corrompen; y como no es menos difícil desprenderse de ellas que de los malos humores que por largo tiempo han permanecido estancados en el cuerpo, se reitera el remedio, volviendo muchas veces á la misma meditacion. Corregido el desarreglo de las pasiones, y dispuesta el alma á adelantar en el camino del cielo, se la propone el Salvador como un rey lleno de atractivos y de magestad que la convida á seguir sus huellas para tener parte en su gloria; y alli empieza la meditacion de las virtudes evangélicas cuyo egemplo ha dado el Salvador. Pero como las resoluciones generales son insuficientes, se le considera en particular en su encarnacion, en su nacimiento, en su circuncision, en su presentacion en el templo, en su huida á Egipto, y en toda su vida privada como un modelo de humildad, de pobreza y de desprendimiento, de mortificacion y de penitencia, de piedad y de resignacion, de retiro y de modestia. Mas no basta imitar á Jesucristo, si no se hace de ello una profesion brillante que le atraiga nuevos imitadores; y á esto se dirige la meditacion de su vida pública, empezando por su bautismo, y prosiguiendo hasta su Pasion. Esta parte de los Ejercicios concluye con la meditacion sobre la eleccion de estado ó de una forma de vida; y acerca de un articulo tan importante para la perseverancia y para todo el negocio de la salvacion, da Ignacio reglas tan sabias, que observadas, como lo fueron por los discipulos que se asociaron á él segun este método, no hay ejemplar de que hayan dado lugar á un justo arrepentimiento. Las meditacionnes que se siguen son sobre los tormentos y humillaciones del Salvador durante el curso de su Pasion, á fin de inspirar el valor y la fuerza necesaria para sostener las pruebas que nunca faltan á los verdaderos siervos de Dios. Por la misma razon, ó para inflamar el alma en este amor que todo lo facilita, se meditan por último los misterios gloriosos de la Resurreccion, de las apariciones y de la Ascension del Hijo de Dios, y despues los beneficios y las perfecciones infinitas de este Ser supremo que quiere hacernos semejantes á él y participantes de su misma felicidad.

La lectura, las consideraciones, las austeridades y todas las buenas obras deben dirigirse tambien al mismo objeto que las meditacionnes de cada dia. Es preciso abstenirse en ellas de reflexiones sutiles y curiosas, de resoluciones vagas; y debe descenderse á cosas prácticas, darse mucho mas á los sentimientos del corazon que á las reflexiones del entendimiento, y fortificar los buenos propósitos con súplicas fervorosas, que el Santo llama coloquios; los cuales se dirigen al Eterno Padre, á nuestro señor Jesucristo, á la Santísima Virgen y á los Santos, principalmente al fin de la meditacion, cuya principal virtud consiste en estos sentimientos. Hállase tambien en el libro de los Ejercicios la institucion del examen particular de la conciencia, que consiste en combatir especialmente el vicio ó defecto mas dominante, sin pasar á otro antes de quedar enteramente destruido el primero, ó de que cese de dominar en el alma. Respecto del examen general, que era mas conocido que practicado, Ignacio le perfeccionó y le hizo mas frecuente, asi como el uso de la confesion y de la comunion, cuya frecuencia es á un mismo tiempo la medida y el principio de los progresos de la piedad en la Iglesia.

El libro de los Ejercicios, impugnado por todas partes como una bateria de las mas formidables al infierno, pero en todas partes tambien justificado siempre con igual honor, adquirió en Roma una estimacion que

el Sumo Pontifice autorizó poco despues por una aprobacion auténtica. Antes de esto, luego que Ignacio gozó de algun sosiego en aquella ciudad, las personas piadosas de la mas alta distincion quisieron seguir bajo su direccion el curso de estos piadosos ejercicios. Tal fué entre otros el cardenal Gaspar Contarini, uno de los hombres mas sabios y mas ingeniosos de su siglo, que decia del Santo haber encontrado al fin en él un director segun le deseaba largo tiempo habia. Hizo tanto aprecio del libro de los Ejercicios, que le escribió todo entero de su mano. El doctor Ortiz, teólogo célebre y negociador bastante hábil, pues fué escogido por Carlos V para la defensa de Catalina de Aragon en la corte de Roma, quiso hacer tambien los ejercicios bajo la direccion de Ignacio; y despues de haberlos hecho, dijo que todo cuanto habia aprendido antes no era comparable con las luces que habia adquirido en esta escuela (1).

Dios sin embargo dió á Ignacio nociones mas claras sobre el instituto de que debia ser fundador, y le inspiró un ánimo firme de establecerle sin tardanza. Conferenció primero sobre esto con Fabro y Lainez, y luego hizo saber á los demas discipulos suyos que al primer aviso se restituyesen á Roma. Alojáronse todos juntos en casa de un noble romano que Ignacio habia ganado para Dios y cuya habitacion aceptó para tratar mas cómodamente con sus compañeros. No tardó en hacer gustar á aquellos hombres, llenos del espíritu de Dios, los designios que el mismo Dios le habia inspirado: solo se trataba de obtener la aprobacion del Gefe de la Iglesia, cuando el Pontífice se ausentó de Roma para ir á negociar la reconciliacion del emperador y del rey Cristianísimo. Quería el cielo que durante este intervalo los romanos fuesen testigos

oculares de las grandes obras que la fama habia publicado de aquellos obreros evangélicos. Habiendo obtenido Ignacio del cardenal legado el permiso de predicar por todas partes, distribuyó sus discipulos por las iglesias de los varios cuarteles de la ciudad, y él mismo predicó, no con elocuencia estudiada, sino con una noble sencillez, con la que conservaba la palabra de Dios toda su magestad y energía. Al eco de sus voces se corrigieron las costumbres mas inveteradas, desaparecieron el lujo y la inmodestia de los vestidos, cesaron los juramentos y perjurios, y muehas cortesanas se convirtieron y consagraron el resto de sus dias á un retiro absoluto ó al servicio de los hospitales. Al cabo de muy poco tiempo las costumbres y la piedad presentaron un aspecto enteramente nuevo. La frecuencia de los Sacramentos en particular, aunque antes casi olvidada, volvió á aparecer con el esplendor que tenia en los dias mas bellos del cristianismo, y desde entonces se fué introduciendo en toda la cristiandad, como tambien el uso arreglado de enseñar la doctrina cristiana á los niños y aun de hacer sermones al pueblo los domingos y fiestas.

Ocupados todo el dia estos laboriosos operarios en las funciones del ministerio, se juntaban de noche para tratar del proyecto de su instituto. En una de esas conferencias resolvieron, á propuesta de su santo gefe, no solamente añadir el voto de obediencia á los de pobreza y castidad que habian hecho ya en Venecia, sino de obligarse por un cuarto voto á obedecer al Papa, para ir, aunque fuera pidiendo limosna, si lo juzgase á propósito, á trabajar por la salud de las almas donde quiera que quisiese enviarlos. Entonces se acordó que los profesos no poseerian cosa alguna ni aun en comun; pero que los colegios ó casas de estudio podrian tener rentas y fondos. Ignacio, al querer conservar en su

(1) Bouh. I. 3. ota. ota. ota. ota. ota. ota.